

À LA LETRA

LA

# ENTREVISTA

↳ BÁRBARA JACOBS

Este apartado de *Perfil de literaturas* se concentra en la entrevista propiamente dicha, pero recalco que fue un requisito que el género fuera abordado por un escritor creador, o que un escritor creador entrevistara de preferencia a otro (sin pretender o resguardándose de que el otro lo entrevistara a él). Puede ser que este requerimiento que me autoimpuse para representar los géneros que trato en el libro hubiera limitado, más que delimitado, de modo excesivo el amplio material del que me habría podido servir, pero, aparte de que sólo así conseguí hacer caber el tema en mis fines, para no frustrarme al proponerme una tarea que a mí me resultara inabarcable, me rindió hallazgos tan excepcionales que, de no haberme topado con ellos, yo los habría extrañado en mi cultura. Me refiero a las autoentrevistas con las que dí, por ejemplo, y a un par de entrevistas de escritores creadores a escritores creadores que también me han parecido importantes e ilustradoras.





SIN TÍTULO (DETALLE) / FOTOGRAFÍA ANALÓGICA

Antes de repasar estos ejemplos, quiero citar *The Norton Book of Interviews*, una antología de entrevistas que abarcan de 1859 a la fecha, preparada por Christopher Silvester. Doy el dato por la historia que consigna de la entrevista como medio de expresión y de información, sus orígenes, su evolución, las modalidades por las que ha pasado, las motivaciones, los disgustos que ha ocasionado, las demandas, las necesidades que ha satisfecho, las reglas con las que ha tratado de estructurarse, su potencial como literatura de creación. También, por los protagonistas entrevistados, entre los que están las celebridades que han configurado la Historia de mediados del siglo XIX en adelante, aparte de haber contribuido, involuntariamente, al conocimiento y aplicación de la entrevista como instrumento en la comunicación.

## DI CON LAS DOS AUTOENTREVISTAS QUE SE PRACTICÓ SHAW Y QUE A MÍ, CON *PYGMALION*, ME PARECEN DE LAS PRUEBAS MÁS DELEITABLES DE SU GENIO LITERARIO.

Comoquiera que sea, este libro recoge el caso de la entrevista que Rudyard Kipling, a sus veinticuatro años de edad, y en calidad de joven escritor inglés nacido en la India y hasta entonces desconocido, le hizo sin previo aviso a Mark Twain en 1889, en momentos en que su admirado Twain estaba en la cumbre de su fama mundial, le llevaba treinta años y lo recibió y lo atendió como todo un caballero estadounidense, contra la entrevista que, tres años más tarde, el mismo Kipling, cuando a su vez su fama empezaba a edificarse, se negó a conceder a un periodista, al que insultó por irrumpir en su privacidad y tras opinar que la entrevista era una práctica inmoral, digna de repudio y censura.

Por azar, pero dentro de mi disposición a encontrar entrevistas que cuadraran en mi proyecto, en *The Portable Bernard Shaw*, de la colección de Viking, di con las dos autoentrevistas que se practicó Shaw y que a mí, con *Pygmalion*, me parecen de las pruebas más deleitables de su genio literario. Creo que no sólo hay que leerlas; habría que estudiarlas y hasta memorizarlas como parlamentos del mejor de sus dramas. Son narraciones. Son ingenio y poesía. Son tan memorables que sé que en mi vida serán de las pocas páginas literarias que no olvidaré, o eso espero. Y digo esto aun cuando no conozco ni he develado ni la mitad de sus referencias y claves. En fin. Qué más voy a decir de ellas, de todo lo que contienen, de todo lo que ofrecen, que, si por cualquier razón, para *Perfil de literaturas* no hubiera yo incluido el género de la entrevista, con este par de autoentrevistas de Shaw, es decir, si en el desorden de mis lecturas hubiera tenido la fortuna de encontrármelas, lo habría tenido que fundar.

La antología de Norton consigna la autoentrevista de Oscar Wilde, que Christopher Silvester considera la primera de este genial subgénero, pero se publicó en 1895, así que fue la segunda y se dio entre las dos de Shaw, que se publicaron en 1892 y 1898, respectivamente. Comoquiera que sea, haciendo a un



lado que existe la polémica de si esta autoentrevista es obra íntegra de Wilde o producto de una coautoría con Robert Ross, se trata también de una pieza de genio, pero con todo lo que admiro y quiero a Wilde, me parece que sin embargo aquí se excede en lucir su habilidad aforística, tanto así que, aunque brillante como es, le resta el famoso temblor del arte que tienen, según yo, las de su rival Shaw (o cuál de los dos fue rival del otro).

Y una vez que encontré las dos autoentrevistas de los dos dramaturgos irlandeses, di casi con una serie de autoentrevistas de autores ya bien entrados en el siglo XX, me refiero a Eugenio Montale, Witold Gombrowicz y Julio Cortázar.

Las suyas, que son dos, me abrieron a Montale; de ellas, pasé a su poesía. Sus autoentrevistas me lo presentaron, y me lo presentaron como un hombre maduro y sabio, pero tan tierno que al leerlo tuve una impresión muy vívida de lo que puede ser un ser humano.

Por su parte, la de Gombrowicz es de Gombrowicz. Rescato su entusiasmo, pero lamento su temporalidad, su tendencia a querer hacerse del presente, bueno, hasta cierto punto, también me apena su confusión, porque admiro lo que logró hacer a pesar de las dificultades que le presentó su vida, pero habría deseado que él aclarara su mente todavía más para que su expresión por lo menos a mí me hubiera sido más accesible.

En cuanto a las de Cortázar, las apruebo todas, pero ninguna me dio nada nuevo de él. La autoentrevista no fue invención suya. Por lo tanto,

yo habría preferido quedarme con las genialidades que él sí innovó, que leer algo suyo en lo que no aporta nada. Salvo, quizá, y no es poco, que es el único autor de lengua hispana que yo sepa que se ha autoentrevistado, por lo que gracias a Cortázar el español tiene un lugar en este capítulo de *Perfil de literaturas*. Me atrevería a decir que la entrevista es el único género literario en el que Cortázar no jugó, pues, aunque en dos de las autoentrevistas que digo introduce a personajes suyos como interlocutores, y por lo tanto las convierte hasta cierto punto en ficción, resulta premeditado o, paradójicamente, como en control de la espontaneidad que, después de todo, es lo que caracteriza el juego o, al menos, el juego literario.

Mediante la antología Norton me enteré de que James Thurber escribió un cuento que tituló “The Interviewer”, que me habría gustado leer, pero que no he localizado. Tampoco, ninguna de las entrevistas de Truman Capote a otros personajes, a las que alude Silvester, y que me interesaría leer, por la perspicacia con la que Capote trataba todos sus temas, la penetración psicológica de sus observaciones, su conocimiento y su amor al oficio de escritor, su malicia, su compasión.

Tengo noticia, también, de una entrevista que Gide hizo a Wilde, pero es otra con la que no me he topado, o que tuve y se me traspapeló.

Para acabar voy a referirme a Djuna Barnes, que entrevistó a Frank Harris (*My Life and Loves*; o su memoria de Oscar Wilde, o la

de Bernard Shaw). El de ella es un personaje atormentado a quien yo conocía poco, pero a quien, a través de lo que averigüé de su vida para poder situarla cuando en París, en casa de una amiga, se encontró con Harris y del encuentro escribió lo que el 4 de febrero de 1917 publicó *The New York Morning Telegraph Sunday Magazine*, me propongo conocer mejor. De una vez diré que me gustaría conseguir la entrevista de Djuna Barnes a James Joyce, de la que me enteré en la antología Norton. Pero aun sin conocerla, creo que merece ser leída, al menos como documento en la historia de la literatura. T. S. Eliot escribió la introducción al libro más conocido de Djuna Barnes, *Nightwood*, una novela. Pero a quien no hubiera leído a Djuna Barnes (que también fue poeta, dramaturga e ilustradora: la Wikipedia reproduce su retrato de Joyce) para conquistarlo podría bastarle su descripción de Harris, con frases como: “¿Hay algo más expresivo para describirlo que decir que la vida lo había usado? Prefiero esto a decir que él había usado la vida”; o como esta otra, que Harris: “Era un hombre que parecía el paseo que la vida prefería recorrer más que ningún otro”.

Djuna Barnes acabó sola. Después de años de vivir en Europa entre gente de letras y artistas, regresó a Nueva York y vivió los últimos cuarenta y dos de sus noventa años de vida encerrada en un pequeño departamento de Greenwich Village. Del otro lado de la calle vivía E. E. Cummings quien, de tanto en tanto, se asomaba por la ventana y gritaba “¿Sigues viva, Djuna?”. 